

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 4 de

Julio de 1889

Precios de Suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de Suscripción**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—El mejor tesoro.—Mi conversión al espiritismo.—Novela extraordinaria.—Decálogo de los Andes.—Caridad y amor.—Pensamientos.

EL MEJOR TESORO!

Invitada para asistir á unos exámenes en una escuela láica de un pueblo cercano á Barcelona, me puse en camino el 25 de marzo último, en las primeras horas de la mañana. En mi corto viaje me acompañaba un pobre tonelero, que iba envuelto en su manta, llevando en su diestra un pequeño barril. Nadie hubiera dicho al verme en semejante compañía, que llevaba á mi lado un profundo pensador y un admirador entusiasta de la naturaleza.

Cuando llegamos á la Rambla de las flores, (típico paseo de Barcelona,) me dijo mi compañero de viaje con cierta cortedad:

—Necesito comprar un ramo de violetas que tenga un lirio blanco en el centro.

Me detuve, y Simón, que así se llamaba mi compañero de viaje, compró un ramo de preciosas violetas. En lo que menos pensé fué en que aquellas flores pudiesen ser para mí. Seguimos nuestro camino sin hablar hasta que Simón, presentándose tímidamente el ramo, me dijo.

—¿Quisiera usted llevarlo?

—No tengo ningún inconveniente: las flores son para mí las sonrisas de los ángeles en la tierra.

—Yo también encuentro en las flores algo que me habla de los cielos: las estudio más de lo que usted puede imaginar: ¡qué buenas son las violetas!... Son mucho mejores que la humanidad, porque las violetas se ocultan entre las hojas para darnos su perfume, en tanto que los hombres se ocultan en la sombra para cometer un crimen.

Parafraseando este pensamiento, pudiera escribirse un buen libro filosófico. Seguimos hablando durante el camino, y tendría que ser este artículo interminable si copiara textualmente cuanto de atinado y profundo encontré en las observaciones de Simón.

Llegamos al pueblo, y después de asistir á la primera parte de los exámenes, me dijo mi compañero de viaje:

—Quiero que conozca usted á mi familia y que se sienta un momento en mi casa: es muy pobre; apenas si hay sillas donde sentarse, pero tengo en ella *mi mejor tesoro* y quiero que usted lo vea.

—Vamos allá, y tenga usted por seguro que más me place visitar la casa de un pobre que la de un millonario. En la de éste último, solo podré admirar las superflui-

dades del lujo, las riquezas del arte y el buen gusto del propietario ó del mueblista que adornó los salones, cosas que halagan únicamente á los sentidos, mientras que en la del pobre, donde suele faltar hasta lo necesario, no es raro poder estudiar, en medio de su pobreza, el carácter y condiciones morales de su dueño en algún objeto que simbolice sus gustos, sus aspiraciones y creencias.

Simón se sonrió, y seguimos cruzando calles y admirando el bellissimo paisaje que presentaban las montañas, envueltas en su manto de bruma ¡púdicas desposadas de la naturaleza!

Los pueblecillos, vistos, *por fuera*, con sus casitas blancas, con sus calles limpias y solitarias, sin el enojoso ruido de carros y carretones, sin el hormigueo de los tranvías, sin ese continuo movimiento que es la vida de las grandes ciudades, convidan al reposo y á la meditación, pareciendo hasta imposible que haya allí congojas y tempestades para el corazón humano, y que los gemidos del sufrimiento y las imprecaciones de la lucha por la vida turben la plácida quietud de aquellos modestos nidos.

Después de cruzar varias calles, detúvose Simón ante una casa de humilde apariencia, como casi todas las del pueblo, y dirigiéndome la mirada me dijo con acento entre alegre y conmovido:

—Este es mi templo: entre usted en él.

No sin cierta curiosidad penetré en la morada del pobre tonelero. Miré en torno mío, y ví multitud de aros de hierro; duelas amontonadas, toneles y barriles de diversos tamaños, pendientes del techo y de las paredes; bancos y herramientas, un gran fogón ó frágua, y una sala espaciosa, que imagino había de servir de cocina, de comedor y de salón de recibo, de cuyas paredes cuelgan, sin orden ni simetría, algunos cuadros de asuntos populares, entre los cuales se destaca en primer término la figura de la *República*.

Me senté un momento para descansar, esperando al mismo tiempo que Simón me mostrara *su mejor tesoro*. Señalando á una estampa clavada en la pared, me preguntó:

—¿Ha visto usted el cuadro de la lepra social?

—No he reparado.

—Pues levántese y mírelo; que es muy curioso,

Me levanté, y ví en la misma forma de un país de abanico, esto es, formando un semicírculo, filas de cabezas adornadas de *tiaras*: eran todos los papas, desde San Pedro el pescador hasta el poeta latino Leon XIII.

—¿Y á estos inspirados del *Espíritu Santo* llama usted la lepra social?

—¿Por ventura soy injusto? Por mucho bien que haya podido hacer á los pueblos la religión católica, apostólica romana, es nada en comparación con los horrores cometidos por los papas. He leído su historia y he temblado de espanto ante sus crímenes. Ahora vea usted *mi mejor tesoro*.

Y abriendo las puertas de cristales de una pequeña alacena, me señaló dos tablas sobre las que descansaban varios libros, Simón fué cogiendo algunos volúmenes y enseñándomelos. Su mejor tesoro eran las obras de Allan Kardec, *Un viaje al rededor del mundo*, obras de Flammarion y de otros autores libre-pensadores, y algunos tomos de revistas filosófico-morales.

—En estos libros,—me dijo,—he aprendido á resignarme con mi suerte, á moderar los ímpetus violentos de mi carácter, á respetar á los ancianos, á compadecer á los niños y á ser indulgente con todos. Estos hombres me han dicho por qué mi pensamiento vuela buscando la luz del infinito, mientras mi cuerpo rudo tiene que entregarse á trabajos groseros; por qué adoro la libertad y el progreso, y tengo que vivir

en este rincón del mundo, prisionero de mi mismo, ganándome el pan con el sudor de mi frente; por qué amo todo lo bello, por qué me encantan las flores, y vivo rodeado de objetos feos y vulgares. Me han enseñado la difícil ciencia de vivir: por esto esas obras son para mí el *mejor tesoro*. Cuando he terminado mi trabajo diario, el único goce de mi alma es leer dos ó tres horas meditando lo que leo, hablando con el autor del libro que tengo entre mis manos, para compenetrarme de su espíritu.

—Tiene usted muchísima razón en llamar su mejor tesoro á unos libros en cuyas luminosas páginas ha adquirido esa filosofía que le hace grande en medio de su pequeñez. ¡Cuántos hombres no son sino ceros sin valor en la cantidad social, no obstante de poseer una abundante y preciosa biblioteca, atestada de joyas de un mérito y de un valor incalculables, para ellos objetos de vanidad y lujo, no amigos y consejeros á quienes es necesario consultar! ¡Dichoso el hombre que, en medio de su pobreza, separado de la ostentación y del fausto, se convierte por medio de buenas lecturas en maestro de sí mismo! No se crea usted pobre: el verdadero pobre es el que tiene el sentimiento hueco y la inteligencia vacía; aquél para quien los libros nada dicen; aquél que no sabe hacerse, por la rectitud de su juicio, superior á su opulenta ó humilde posición; aquel que no conoce ni es capaz de apreciar otras riquezas que el oro ni otros deleites que los impuros de los sentidos.

Nunca olvidaré aquella humilde casita. He visitado régias moradas durante mis viajes; he visto bibliotecas magnificas que encerraban las obras más selectas de los sabios antiguos y modernos, pero ni bibliotecas ni palacios me han impresionado tan agradablemente como la choza de Simón y su alacena de libros, sencillamente encuadernados unos, otros rotos por el manejo continuo, y unos y otros hablando con más elocuencia á mi alma que todas las obras monumentales lujosamente encuadernadas y colocadas en estantes de maderas preciosas, construidos por los mejores artífices.

Me despedí del tonelero casi con lágrimas en los ojos y estrechando afectuosamente su mano. También en los suyos se asomaba un alma dulcemente conmovida. A medida que me iba alejando del pueblo, mis miradas buscaban al pié de las montañas la casita del obrero y mi pensamiento penetraba en ella, deteniéndose ante la pequeña alacena donde un hijo del pueblo, entusiasta admirador de la luz, guarda el más valioso de los tesoros de la tierra.

Amalia Domingo Soler.

MI CONVERSION AL ESPIRITISMO.

Desde el momento en que llegué á la edad en que la razón empieza á disipar las nieblas que la envuelven durante el periodo feliz de la infancia, me preocuparon muchísimos los dogmas absurdos de la Religión Católica.

Siempre que raciocinaba sobre estas materias, terribles dudas asaltaban mi mente. Quería desvanecerlas investigando los hechos que relata la Historia; y como en ella solo encontraba milagros estupendos, atrocidades sin cuento que se han cometido en el nombre de un Dios, á quien, en el transcurso de tantos siglos, se le creía adorar matando; un Sér colérico, soberbio y vengativo; mis dudas, en lugar de disiparse, aumentaban de dia en dia.

Para convencerme, no tenia otro medio mas que conformarme con los misterios de que rodean todas sus creencias. Se me decia «el que duda no se salvará» «la Iglesia es infalible» y otras cosas por el estilo que, en lugar de probarme la eficacia de esa doctrina, no hacian mas que aumentar la confusion que se apoderaba de mi es-

podía dar márgen á ciertas expansiones del alma y yo pasaba las horas muertas á su lado preguntándome que debía deducir de su exquisita amabilidad para conmigo y como mostraba tan buen humor siendo así que le rodeaban muchos y muy graves contratiempos.

Pero aquel dia en que por última vez la ví, por muy grande que fuera el dominio que sobre sí misma tenía, notaba yo algo extraño en ella. Su respiracion era corta y sus risas mas que francas carcajadas semejaban entrecortados sollozos. ¡Oh! había algo nuevo allí, una pena añadida á otras penas. Quise averiguarlo y lo hice sin rodeos con una pregunta categórica. La respuesta fué igual.

—Temo que Antonio haya muerto.

Me quedé petrificado. ¿Quién era Antonio? Pues era la encarnacion viva del sacrificio, el que por Rosina habia llevado su abnegacion á un heroismo que rayaba en lo inconcebible, en lo ideal. ¿La había amado él? Ella estaba cierta de que no. Y ella ¿le habia amado? Despues de mi incalificable conducta yo creí que sí porque Rosina rendia culto á la perfeccion moral. No había ciencia, ni arte, ni sabiduría que la conmovieran como la mas sencilla buena accion. Apesar de esto, tengo hoy motivos para sospechar que el predilecto de su corazon fui yo.

Vuelto en mí, procuré consolar á Rosina lo mejor que supe: ella no hizo caso de mis observaciones y se mostró expansiva diciéndome que sentía tal pérdida por sus hijos pues ella poco contaba vivir: Díjele yo que desechara tan negros presentimientos pues era jóven y además quedábantes la proteccion de su hermano, mas ella replicó: mi hermano está débil y achacoso, yo tengo el corazon cansado y viejo, muerto Antonio mis hijos han de encontrarse sin amparo y sin abrigo.

Decia todo esto santamente resignada si bien con tristeza infinita. Aquel era sin duda el momento de reconquistar su corazón, de reparar mi antiguo egoismo con un rasgo de espontánea generosidad: no lo hice, me callé como un muerto. El demonio del egoismo nos tienta por todos lados y nos aparta de esas nobles acciones que levantan el mundo moral.

Rosina contestó á mi silencio con el silencio tambien, ni siquiera hizo uno de esos gestos despreciativos con el cual otras veces había contestado á mis palabras. Continuó cosiendo tranquilamente: solo me pareció notar que se violentaba mas para no dejar escapar un suspiro de su pecho y que se ponía algo mas pálida. Pasaron así algunos minutos, callados ambos; de esta situacion embarazosa vino á sacarnos la llegada del hermano. Rosina le interrogó con los ojos:

Sí, hija, sí contestó él, se ha confirmado la noticia mortuoria de nuestro pobre amigo.

Estábamos á media luz; sospeché que el semblante de Rosina palidecía mas aun, pero nada dijo. Su hermano me invitó á cenar; yo acepté. Estuvo la mesa muy desanimada. Mi amiga hacia violentos esfuerzos por comer y lo conseguía medianamente, en cambio su hermano despachaba los platos con maravilloza presteza; viéndola tan taciturna le dijo: No te preocupes, hermana, por la desencarnacion de nuestro buen Antonio, ya sabes que los muertos están, do estamos los vivos. Calló despues de esto, como fatigado por el gran esfuerzo mental que había hecho: era el ser mas bueno y mas limitado que ha visto.

Ciertamente contestó Rosina, no debe afligirnos tal trasformacion: de la muerte nace la vida, la descomposicion de nuestra materia vivifica millares de organismos cuyos gèrmenes latentes solo aguardaban la putrefaccion de nuestras carnes para desarrollarse. El cuerpo va unido al espíritu como la sombra al cuerpo; cuando el alma rompe sus ligaduras huyen las sombras y brotan torrentes de luz que la besan y la acarician como besan las tranquilas auras la flor marchita por

violento huracan. Dichosos mil veces los que como Antonio vienen á este presidio á cumplir corta condena y la sufren con la resignacion que la sufrió él, quedándole todavía en sus amarguras, fuerza para consolar á otros presidiarios mas infortunados que él. Con su ida hemos perdido el mejor amigo de nuestra vida en la tierra, pero hemos ganado otro más en el espacio y la proteccion de los de allá, vale mas que la de los de acá, no estando limitada como no está á la estrechez de ningun organismo.

Decia todo esto Rosina con lentitud, su acento era el de un alma profundamente convencida de las verdades eternas: sus ojos aunque velados por infinita tristeza tenian algo divino que atraia; á sus mejillas habia vuelto un ligero color rosado. Estaba verdaderamente hermosa, pero de hermosura espiritual. Yo no me cansaba de mirarla y de escuchar su palabra. Concluida la cena me despedí. La magia de su acento duraba aun en mí; al tenderme ella la mano, hubiese yo querido echarme en sus brazos, pedirle perdon de mis faltas, decirle cuanto la admiraba y cuánto la amaba; el respeto me lo impidió: estreché sus dedos entre los míos con inusitada fuerza, ella me miró y una lágrima asomó temblorosa en el borde de sus párpados. Rosina no lloraba jamás: yo esperé que aquella lágrima se desprendiera para recogerla, pero se volvió atrás y cual muchas otras cayó sin duda como plomo derretido en aquel corazon acostumbrado á recibir las lágrimas que lentamente amasaba y despedía.

Marchéme tras pasado de dolor; anduve mucho rato por la ciudad; no me determinaba á acogerme á mi hogar donde no me aguardaban ni una madre cariñosa, ni una esposa amante; Cuando ya los transeuntes escasearon por las calles, me retiré. Una vez en casa me acosté inmediatamente, pero no pude dormir, inútiles eran los esfuerzos que para ello hacia; el sueño huía de mis párpados. El silencio era profundo, la oscuridad completa. De pronto parecióme oír un gemido casi imperceptible pero hondo, prolongado, tristísimo; presté atencion; en el cuarto todo dormia menos yo. Tranquilizábame ya cuando oí otro. Al propio tiempo parecióme que un punto luminoso se dibujaba en la atmósfera. No era aprension mia, no; el punto se dilataba, crecia se convertia en línea, en estrella, en foco. A su luz quedó iluminada no toda la habitacion sino una mesa de ébano cubierta de mármol que estaba enfrente de mí.

Desde el foco luminoso hasta mi cama, todo estaba alumbrado en línea recta, lo demás permanecia en la oscuridad. Quedé lleno de espanto y más cuando los gemidos se repetian. De pronto un punto negro se dibujó en el mármol del velador: lo mismo que la luz fué creciendo; era un cuerpo sólido, sin forma determinado, pero al alcanzar un regular tamaño, se modificó se trasformó y tuve ante mis ojos un corazon. El era el que se quejaba, él quien gemía y llevaba á mi alma el espanto y el duelo. Cuasi en el centro tenia una pequeña herida y ella era la que le comunicaba intensísimo dolor. Así el pobre corazon se retorcia presa de indefinible angustia; ora suspiraba mansamente, ora su padecimiento se traducia por quejidos estridentes y secos que me dejaban helado; á impulsos de su irresistible mal se movia continuamente; iba de acá para allá, se contraía, se dilataba, sudaba lágrimas rojizas, mientras que de su herida salia despacio, muy despacio una sangre negra que manchaba el blanco mármol. Una fuerza superior me tenia clavada la vista en el sitio de aquella nunca vista escena. Quería levantarme, cojer aquel dolorido corazon, estrecharlo contra mi pecho, prodigarle mi amor, mis consuelos... inútil voluntad, mis miembros estaban rígidos, se negaban á todo movimiento. Hubiese querido cegar, ensordecer, pero estaba destinado á presenciar la agonía del corazon que yo habia herido de muerte y así veíale revolcarse en su estertor, retorcerse, llorar y acusarme con su presencia. Pedí á

Dios que acertara tan dolorosísimos momentos. Dios no atendió mis súplicas; yo no lo merecía. La herida había crecido de arriba abajo y á su lado cerca, muy cerca se abrió otra que fué creciendo paralelamente. Entonces una finísima tira fué arrancada del corazón produciendo un rechinamiento aunque poco perceptible semejante al desgarrar de una ropa de algodón. Aquel órgano viviente lanzó un grito feroz, dió un salto, era que iba á caer encima de mi cabeza, pero no, cayó en la mesa produciendo un ruido sordo semejante al de una bola de caucho. ¡Ay! yo no podía más. Oré de nuevo. Vi y oí el desgaje de otra tira, la angustia, el dolor del corazón eran inexplicables y mi congoja indefinible. Al presenciar el arranque de un tercer pedazo exclamé: Dios mio, Dios mio, haz que parte de ese horrible padecimiento pase á mí y alivia ese pobre sér sea quien fuere. Apenas terminé esta plegaria mental, el corazón se contrajo violentamente, se hinchó luego y tras dos ó tres contracciones y dilataciones dió una fuerte sacudida y se rompió; la sangre brotó á borbotones inundando mesa y suelo, y yo me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, el sol entraba de lleno en mi habitación el suelo estaba limpio el mármol terso y blanquísimo. Iba yo recogiendo poco á poco mis ideas cuando entró la portera como un torbellino. Sabía lo que me esperaba y para librarme de su impertinente locuacidad, procuré taparme la cabeza. ¡Precaución inútil! me había visto despierto y no tuve mas remedio que aguantar su charla.

¡Cuánto á dormido usted hoy, señorito y que pálido está usted!

Habéis de quitaros esa barba que os envejece y os sienta muy mal. ¿Sabéis quien ha muerto? pues pasmaos; aquella señora tan guapa que se llama Rosina, creo que la conocéis. El médico, nuestro vecino que la ha asistido dice que ha muerto de un caso muy raro, de rotura del corazón, le van á hacer la autopsia...

Al llegar aquí no oí mas, perdí nuevamente el sentido. Desde entonces arrastro una vida miserable, me remuerde la conciencia, me duele el alma, el recuerdo de aquella vision envenena mis dias y aun reconociendo la justicia de mi martirio, maldigo este mi enfermo corazón que nunca quiere acabar de romperse.

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

DECÁLOGO DE LOS ANDES.

Dios resplandece en la insondable historia
Viviente axioma, universal criterio,
Perpétua creacion, perenne gloria,
Inmensidad.....eternidadmisterio.....

El mal es la ignorancia fratricida,
Los dioses y los dogmas son quimeras.
Razón y libertad y amor y vida,
Son las leyes divinas, verdaderas.

Razon y libertad es la conciencia,
Razon y libertad es la armonía,
Razon y libertad la misma ciencia
Razon y libertad la poesía.

Es música infinita el universo,
No existe Satanás ni existe el caos,
¡Romped la cárcel del error perverso.
Naciones de la tierra, levantaos!

Y á Dios glorificad en la conciencia

Y bendecidle con amante grito,
¡En el cielo estrellado de la ciencia
Y en la augusta vision de lo infinito!

Y en vez de maldecir como el hebreo,
Y en vez de blasfemar como el romano,
¡Al Empíreo subid cual Prometeo
E iluminad el pensamiento humano!

La falsa religion es la serpiente
Que al pueblo imbécil á morir convida;
¡Vivid y trabajad eternamente
En el taller divino de la vida!

Nada descansa en el sepulcro inerte;
Almas y cuerpos y esperanzas lleva,
Gloriosa metempsícosis, la muerte
A nuevos mundos y existencia nueva.

Inmortal el espíritu se enciende
Del sol divino en la insondable pira,

E inmensidades consteladas hiende
Y en fulgurantes firmamentos gira.

Revelacion universal la ciencia

Dá leyes, tradiciones, profecías.....
¡La religion del hombre es la conciencia!
¡Dios es Dios! . . . ¡la razon es el Mesías!

F. B.

CARIDAD Y AMOR

—¿Qué es el alma, madre mia?
Pregunta con tierno acento,
Cierta niño que pugnaba
Por descifrar el misterio.
—El alma, la buena madre
Imprimiendo en él un beso
Le responde: es amor mio
La sávia del pensamiento.
Porque así como la flor
Guarda perfume en su seno,
Así tambien el espíritu
Es el perfume del cuerpo.
Cuando la flor se marchita
quedan sus pétalos secos,
Como al desprenderse el alma
El corazon queda yerto.
El espíritu es la luz
Que irradia en nuestro cerebro,
Foco de vida y amor
Emanacion del Eterno.
Cuando abandona el espíritu
La mortaja de su cuerpo,
Este vuela á los espacios
En donde tiene su asiento;
Y despues segun su grado
De perfeccion, torna luego
A ilustrarnos con sus máximas
Y saludables consejos.
—¿Es decir, mi buena madre
Que el Espiritismo es cierto?
Vuelve aquel niño curioso
A preguntar con empeño.

Mas la madre compasiva
Al niño satisfaciendo,
Le responde.—Es hijo mio
De la vida el complemento.
—¡Ay, mi madre, cuantas veces
Agrega el niño inesperto
Al alma me han asaltado
No se que presentimientos
¿Que tengo de hacer yo, madre
Para merecer el cielo,
Cuando abandone mi espíritu
Su corpóreo envolvimiento?
—Amar á Dios ante todo
Acatando sus preceptos,
Ser noble con el caido,
Generoso y justiciero.
Vestir al pobre desnudo.
Dar de comer al hambriento
Y á la dulce caridad
Tener siempre el pecho abierto.
Porque nada ante el Creador
Es mas grato ni mas bello,
Que aquellas grandiosas obras
Que realiza el sentimiento.
Ser, hijo, con el humilde
Noble, compasivo y bueno,
Y al fin obtendrás la gloria
Como merecido premio.
Terminando así la plática
Despues de breve silencio,
El niño abrazó á su madre
Y ella le colmó de besos.

R. C. M.

PENSAMIENTOS.

El tiempo es la historia de la eternidad.

—
El rocío, es el llanto de la naturaleza.

—
Las alas del hombre, son sus ideas.

—
La salud de la inteligencia se adquiere aprendiendo.

—
El dolor, es el gran maestro del hombre.

—
El derecho es la regla de la vida.